

ALBERTO BERMÚDEZ ORTIZ

ZOOMBI

El apocalipsis Zombi
con Denominación de Origen



El día del juicio final ha llegado a la Península Ibérica. ¿Quién asumirá la defensa de los pocos enclaves en los que todavía quedan supervivientes?: ¿el Gobierno?, ¿el ejército?... Sólo unos pocos privilegiados adelantados a su tiempo supieron predecir el Apocalipsis. Uno de estos visionarios formará parte del grupo resistente de un pequeño pueblo peninsular. Como experto en el fenómeno zombi intentará poner sus conocimientos al servicio de los integrantes de La Resistencia: no tienen armas y nadie sabe que existen, sólo se tienen los unos a los otros... Y se enfrentan a la criatura más peligrosa sobre la faz de la tierra: el zombi ibérico.

Un relato donde se entremezcla el humor que camina entre la ironía más sutil y la pura escatología, donde los trazos de la crítica social, política, y de la propia psicología humana van de la mano, y donde la mezcla de géneros dispares (cómic, cine, literatura...) tienen cabida por igual. Imaginativo e innovador, nunca antes el género zombi tuvo una representación tan genuina como en Zoombi: un libro con auténtica denominación de origen.

No dejes que otros asuman el reto de salvar tu vida. Adelántate a los acontecimientos... y sobrevive.

Agradecimientos

A JLF, sin cuya colaboración este proyecto no habría
visto la luz.
Y por ser mi amigo.

A Bel y Albert.

PRÓLOGO

El temido apocalipsis zombi ha llegado hasta el umbral de nuestros hogares. Debemos hacernos fuertes. Aunar esfuerzos. Buscar enclaves estratégicos en los que sentirnos protegidos. Rastrear nuevas fuentes de aprovisionamiento. Analizar a nuestro enemigo. Conocer sus costumbres. Encontrar efectivos métodos de defensa... y ataque.

Debemos organizarnos. Resistir. Sobrevivir. Perpetuarnos.

Pero que nadie piense, ni por un momento, que será una tarea fácil. Aquí no hay militares expertos en defensa personal y modernas técnicas de combate. Ni siquiera soñéis con una atractiva científica que os promete un antídoto capaz de erradicar el virus zombi.

Esto es España. Aquí no hay héroes. Sólo maleantes, aprovechados, vagos e inútiles. Habrá momentos en los que desees convertirte en uno de ellos.

Quizá no sea éste el lugar idóneo para sobrevivir a un apocalipsis zombi.

Zoombi es la primera epopeya zombi con auténtica denominación de origen. Un relato costumbrista sobre el horror de los muertos vivientes, atiborrado de personajes pintorescos y humor cañí en el que podrás experimentar el fenómeno zombi como nunca antes lo habías hecho.

J.L.F

Si te encuentras en medio lo que podríamos denominar un «holocausto Zombi» (podrás deducirlo simplemente mirando por la ventana y comprobando si seres semejantes a

los humanos, en cuanto a morfología, están comiéndose a otros que realmente lo son) y tienes la suerte de contar entre tus manos con este Informe-Diario, pasa directamente a la lectura del Anexo que se incluye en él y aplica con la mayor urgencia posible los consejos que se especifican. En caso contrario, sabedor del peligro que se cierne sobre la humanidad, y habiendo ya tomado las pertinentes medidas de seguridad, lee desde aquí y relájate: el espectáculo ha comenzado.

Informe-Diario de a bordo: día 1, 3.00 p.m., lunes.

«En el principio creó Dios los cielos y la tierra.»

Se equivocaron los incrédulos, los que nos tacharon de locos, los que se rieron a nuestras espaldas y aquellos que ni siquiera nos concedieron el beneficio de la duda. Tanto experimento científico y manipulación genética incontrolada han terminado por alterar el devenir de la naturaleza dando al fin la razón a los integrantes del Núcleo Precognitivo y a sus prosélitos, entre los que obviamente me encuentro, aunque no quisiera pecar de presuntuoso adelantándome a los acontecimientos. Gracias a aquellos que intuyeron los derroteros de la involución humana, otros podrán sobrevivir. Supisteis anticiparos a vuestro tiempo: los Jules Verne de mi tiempo. He soportado durante años constantes alusiones a mi carencia de vida social y amorosa y a lo perjudicial para mi estabilidad mental de mi inusitada afición por películas, libros o cualquier otro soporte de información que tuviera como protagonista a la criatura más interesante que el hombre ha sido capaz de crear: el zombi.

Era cuestión de tiempo que ocurriese. El día de la tribulación ha llegado, y el presente Informe-Diario dejará constancia de la evolución de la invasión zombi en los sucesivos días y de los avatares que ella me depare. He decidido lla-

marlo así después de sopesar los pros y los contras de dicha denominación: al principio me decantaba por llamarlo sólo «informe» para dotarlo de la necesaria objetividad que redundaría en su valía científica, aunque implicaba renunciar al estilo literario, que al fin y al cabo es uno de los factores que me empujan a escribirlo y del que no estoy dispuesto a prescindir, por lo parco en palabras del lenguaje científico y su intrínseca y por otra parte requerida «asepsia sentimental», así que he tenido que desestimarlos. Denominarlo «diario» tendría justo el efecto contrario: menoscabaría la pretendida intención erudita, por lo que, ciñéndose a mis expectativas, me he visto obligado también a desecharlo. Es evidente que la fórmula ideal es la que finalmente he escogido: Informe-Diario, en lo sucesivo ID. Me doy cuenta de que no será éste el único documento escrito que perpetúe lo acaecido en estos días aciagos, aunque dudo que tengan un estilo narrativo que haga amena su lectura. Siempre supe que se presentaría la oportunidad de mostrar mi talento narrativo: lástima que el momento escogido por la providencia sea el de la destrucción de la humanidad, pero no por ello voy a hacerle ascos. No quisiera excederme en la introducción, teniendo en cuenta que desde hace unas horas los medios de comunicación alertan de que la invasión empieza a tomar tintes extintivos para la raza humana, pero tampoco forma parte de mis pretensiones que el fuero se lleve una idea equivocada —o en todo caso no llevarse ninguna— del autor de este legado para la Nueva Era: la que tenga que constituirse con los restos de la civilización que actualmente conocemos; así que espero que se me perdone la licencia.

Las noticias que hasta ahora aparecen tampoco merecen especial atención: son las normales en caso de Invasión Zombi, o Apocalipsis Zombi —no es mi intención ponerme puntilloso con el tema—. Ataques masivos a cualquiera que se aventure a salir de su casa, cuerpos destrozados por doquier, disparos, saqueos y violaciones: lo normal, ya digo.

Hordas de zombis surgidos de la nada han empezado a atacar a diestro y siniestro y no están dejando, valga la expresión, títere con cabeza. En la televisión se afanan en mostrar toda clase de imágenes de cuerpos destrozados y de banquetes pantagruélicos con comensales ávidos de carne y sangre. Muchas de estas escenas ya las recrearon las obras de los del Núcleo Precognitivo anteriormente mencionado. Aparte de un comportamiento marcadamente antropófago, todavía no puedo asegurar si presentan otras características consustanciales atribuidas a estos zombis (también «Z» o «Zs»^[1], si hago referencia al plural, según convenga) o si difieren en mucho de lo que marcan los cánones. Pero deduzco que en las próximas horas podré dilucidar más sobre el asunto. Como comentaba, los medios de comunicación narran con estupor el Armagedon (aunque jamás se plantearon que se derivase de una plaga zombi), presentando una imagen bastante patética de sí mismos: denotan una ignorancia supina acerca de los hechos que les toca narrar y su incapacidad intelectual queda patente en cada intervención. Algunos de los reporteros han sido atacados en directo, por lo que la sucesión de imágenes dantescas ha podido ser vista por millones de personas: un hecho evidentemente sin precedentes en la historia de la televisión.

El presidente y algunos miembros del gobierno han hecho ya su aparición en los medios de comunicación afines llamando a la calma, a la serenidad —cosa bastante complicada de llevar a cabo en el caos más absoluto—, y quitando importancia a lo acaecido. Mientras, el partido de la oposición ha hecho lo propio en los suyos arremetiendo sin miramientos contra los primeros y culpando de la invasión a la gestión política mantenida, al paro y a otras cuestiones de índole socioeconómica que no vienen al caso. De todo ello se deduce que la crisis Z ha tomado proporciones incontrolables y que la gravedad del asunto es inversamente proporcional a la importancia que le atribuye el estamento

oficial; de ahí que la población, dados los antecedentes políticos en los que últimamente nos hemos visto envueltos, desoigan cualquier comunicado gubernamental: mis conciudadanos, presos del pánico, abandonan sus hogares hacia lugares supuestamente no afectados quedando expuestos a un ataque. Ignoran que las aglomeraciones de personas que se producen en grandes ciudades son el caldo de cultivo perfecto para que la epidemia se extienda en progresión geométrica, y que es mucho más seguro permanecer en poblaciones de poca densidad demográfica, como es el caso del pueblo en el que habito y que elegí concienzudamente en previsión de tales circunstancias. Agradezco no tener adónde ir: no tengo familia (viva, me refiero) y mis relaciones sociales se han fraguado al calor del anonimato de lo superfluo. Si la habitación en la que me encuentro no contase con cristales blindados, llegaría hasta mí la batahola de la huida de todos ellos. Los que no sean devorados mañana engrosarán las filas zombis. Se ha declarado el estado de excepción y el ejército intenta controlar la situación, sin mucho éxito por el momento.

He tenido que suspender la escritura para atender una llamada al timbre de mi puerta de un conciudadano avisándome de que se han habilitado el autobús de línea del pueblo, y el escolar, para huir hacia... no se sabe dónde. Evidentemente, he declinado la oferta argumentando que estaba inmerso en un proceso creativo que no podía desatender, cosa que ha debido de ofender en extremo a mi interlocutor, ya que ha mostrado su disconformidad con mi decisión haciendo alusiones a mi estado mental. Me he enterado por otra parte de que el vecino de arriba ha seguido mi ejemplo, lo que me extraña dada su timorata personalidad: pero éste será un hecho que me beneficie, tal y como quedará patente más adelante.

Pronto amanecerá y estos nuevos inquilinos tendrán que buscar un lugar donde pernoctar a salvo de los rayos de sol, poco adecuados a priori para sus pieles cianóticas. Será

entonces el momento de realizar la primera misión de reconocimiento. Por ahora, permanecer en casa encerrado a cal y canto es la opción más segura. Avanzaré de todos modos las líneas maestras de mi plan para el día de mañana. No tengo necesidad de avituallarme: mi despensa se encuentra bien provista, pero me he quedado sin tabaco de pipa, lo cual es inaceptable y requerirá una visita al estanco ubicado dentro del supermercado del pueblo. Mi empeño en conseguir una buena mezcla de tabaco no es gratuito: me ayuda a pensar, a tomar decisiones trascendentales, mantiene mis nervios templados y es lo único que consigue que mis visitas al lavabo no sean un vía crucis: sufro de estreñimiento severo crónico; me ahorraré ser más explícito abundando en detalles escatológicos.

Tendré que agenciarme un arma: la manera más sencilla de acabar con un Z es volarle la tapa de los sesos con un calibre cuarenta y cinco. Existen otros métodos, como la desmembración, la decapitación o el abrasamiento, pero requieren una logística poco práctica y demoran en exceso la muerte del individuo. La profusa regulación legal a que están sometidas estas efectivas aniquiladoras de zombis y un informe psiquiátrico desfavorable me impidieron hacerme con una, y nunca he sido partidario de adquirir elementos de primera necesidad en el mercado negro. Quizá sea ésta la cuestión más peliaguda y la que entraña mayor dificultad. Como conseguir tabaco no plantea más complicación que la de acudir al establecimiento donde se dispensa, dedicaré estas líneas a pormenorizar cómo lograr mi segundo propósito. Sé de la existencia de una pistola, y aun encontrándose en este mismo edificio, hacerme con ella requerirá la elaboración de un plan maestro orquestado con el soporte de diferentes áreas cognitivas, en especial el de la psicología humana. La pistola en cuestión es de propiedad ajena, en concreto de mi vecino del piso de arriba, lo que explica que su inesperada decisión de quedarse en el pueblo mientras todos partían haya acabado jugando a mi

favor. Sé de su existencia porque había hecho alarde de su puntería en la práctica de tiro en el club al que pertenece. En su día me pareció una afición detestable, pero reconozco que en estos momentos la considero de lo más oportuna. No conozco armerías cerca de aquí, pero en cualquier caso hacerse con ella en un establecimiento requeriría tiempo para el planteamiento y la ejecución de una acción compleja, por lo que resulta inviable. No creo que se preste a dejarme el arma, dada la precariedad en la que nos encontramos, por lo que es ésta la rémora más importante que he de salvar por el momento.

Como plan «A» sugeriré el canje del arma por comida. Cuento con cantidad suficiente de carne, entre la que se encuentra un jamón de pata negra que podría servir como moneda de cambio (aunque reservaré este manjar para requerimientos más extremos). En vez de eso, he decidido ofrecer un par de salchichones, unos chorizos y alguna vianda más para solventar el asunto, todos ellos de primera calidad y con denominación de origen. Sin duda, el estado de shock en el que se encontrará el propietario del arma y mi capacidad persuasiva harán que el trueque se haga efectivo. Puesto que auguro un éxito absoluto al plan A, no tengo plan «B».

Podrá parecer que esta acción no es del todo honesta, pero es de vital importancia que el arma esté en poder de alguien no ya con conocimientos prácticos en su uso y manejo, ámbito en el que reconozco mis limitaciones comparándolas con las del propietario, sino que cuente con una capacidad de raciocinio estable en situaciones de estrés y declarados estados de sitio o excepción y que pueda tomar las decisiones adecuadas para salvaguardar las vidas de los que lo rodean. Este punto se ve debilitado por el hecho de que en el edificio sólo somos dos, él y yo. Pero cuento con que entre en razón y me ceda el arma sin mayores complicaciones. En cuanto amanezca, pondré en marcha el plan. Ahora voy a dormir un poco, mañana será un día duro.

Informe-Diario de a bordo: día 2, 11.00 p.m., martes.

«Luego dijo Dios: Haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas.»

La ejecución del plan para agenciarme el arma de mi vecino ha sido un estrepitoso fracaso y ha derivado en una escena ignominiosa e indigna. No ha entrado en razón, y además ha esgrimido cuestiones más bien egoístas y cortas de mira. Esto me coloca en una posición comprometida. Más aun teniendo en cuenta los últimos sucesos: la pasada noche, mientras disfrutaba de mi merecido descanso, las hordas «Z» han avanzado organizadamente, lo cual aporta un dato significativo que hay que tener en cuenta y que a la postre confirma otra de las teorías barajadas en la última obra al respecto: cuentan con cierta capacidad para pensar. Claro que su intelecto no tiene parangón con el humano, pero esto les proporciona un plus de peligrosidad, si cabe.

Se presenta un gran dilema: está claro que la posesión del arma otorga ventaja a su propietario a la hora de mantenerse con vida. Lo que más me ha molestado han sido sus modales: poco educados y totalmente fuera de tono; además, inconcebiblemente, no ha mostrado ningún interés por los manjares que pretendía ofrecer a cambio de su

arma, e incluso ha llegado a ridiculizar el intento profiriendo insultos personales que no venían a cuento. Para que quede constancia del hecho reproduciré la escena fielmente: que sea la posteridad la que juzgue.

Para ser consecuente con el planteamiento del ID, la sucesión de hechos comenzaba esta mañana a las 10.00 a.m., tal como había programado en mi despertador, e igual que el resto de los días. Puede parecer un poco temprano, habida cuenta de que no tengo obligación alguna que reclame mi atención. Fui el agraciado con el gordo de Navidad hace unos años, lo cual me permitió desarrollar mis capacidades intelectuales profundizando en temas poco estudiados. Este afortunado acontecimiento me permitió, además, alojarme en una morada adecuada a mis necesidades.

He realizado mis ejercicios matutinos en el pequeño aunque completamente equipado gim que hice instalar en una de las habitaciones: todo hombre está obligado a mantener una buena forma física que le permita enfrentarse a los requerimientos que la vida pueda presentarle, y en mi caso con mayor motivo, ya que debía estar preparado para tal eventualidad. He de reconocer que en alguna ocasión había puesto en duda la idoneidad de la inversión, aunque, por razones obvias, ya ha quedado disipada toda duda al respecto.

Después de los ejercicios he desayunado mis habituales cereales con leche de soja, aderezados con un poco de miel y cacao en polvo, mientras veía en televisión las últimas noticias que ya he adelantado. La última hora presentaba a los Zs agenciándose algunos autobuses de línea, lo que les ha permitido moverse con libertad por la ciudad, aunque la merma de las facultades humanas en su nueva condición (y algunas amputaciones de miembros inferiores o superiores) parece que no les hace muy duchos en el arte de la conducción, y muchos han acabado empotrados en paredes después de llevarse por delante abundante mobiliario urbano, que nos tocará abonar a los que sobreviva-

mos a esta debacle. Además, su incapacidad para mantener el orden dentro del habitáculo para pasajeros ha contribuido al fracaso de la empresa. Por otra parte, se confirmaba que, efectivamente, sufren de una total intolerancia a los rayos ultravioleta, con lo que a primera hora de la mañana la actividad genocida casi ha desaparecido; parecen ignorar dónde se han retirado, aunque la teoría más probable es la que sostiene que se refugian en lugares resguardados del sol. No es por darme ínfulas, pero si me hubieran consultado, sabrían perfectamente de este y otros datos cruciales y evitarían pérdidas de tiempo innecesarias. En cualquier caso, esta tregua favorecía mis intenciones. Han informado de que toda la comunidad científico-militar se afana por encontrar un remedio, cura o arma capaz de acabar con ellos: se está utilizando armamento convencional, aunque es evidente que eso resta eficacia a la defensa, ya que éste se encuentra en manos de las fuerzas armadas y del orden público y de delincuentes. Por lo que respecta a estos últimos, no parecen estar por la labor, y se dedican a actividades lucrativas ilegales.

Tras la degustación de la abundante ración de cereales, he acometido las habituales pautas higiénicas matutinas. Una buena ducha con agua caliente, un buen afeitado y una buena limpieza bucal contribuyen a reafirmar la condición humana tan amenazada circunstancialmente. Un toque de AG pour homme ha puesto el punto final al rito. Había decidido vestir un chándal de deporte, lo cual me permitiría libertad de movimientos, teniendo en cuenta, sobre todo, que después del encuentro previsto tenía una cita con el centro comercial (por el tema del avituallamiento que mencioné anteriormente), pero al final me he decantado por un pantalón teja-no y una camiseta de algodón blanca. Lo correcto habría sido calzar un zapato negro, pero me he permitido una licencia estilística y he recurrido a mis NK con cámara de aire, por si se presentaban problemas. Una chaqueta Gk a juego con el pantalón ha completado mi